

Colombia

Violencia sin salida

A nuestra mesa de redacción llegaron estas reflexiones hechas desde un profundo dolor cristiano por la violencia que carcome la vida del pueblo colombiano. Es un grito desgarrador por la vida que ojalá encuentre eco entre nosotros los venezolanos sometidos a una manipulación informativa que desfigura la situación colombiana y se empeña en reducir nuestras relaciones mutuas a disputas fronterizas, contrabando de extracción o defensa militar... (N. de la R.)

En 560 días de existencia, la Unión Patriótica llevaba 450 miembros asesinados. Un promedio de un muerto cada día y medio. Y hasta el momento no existe ninguna investigación, ni un detenido, ni un sospechoso

En los primeros días de agosto de este año, un médico jubilado que cultivaba flores y era precandidato del partido liberal oficialista para la alcaldía de la segunda ciudad del país y que también era presidente del comité permanente de defensa de derechos humanos, participa en una marcha por la vida. El 25 de agosto es asesinado, junto con otro médico, cuando asistía al velorio del presidente de la asociación de profesores, asesinado por la mañana. Días antes la Unión Patriótica había entregado al Procurador General de la Nación una lista en la que aparecían más de 40 personas para ser asesinadas. No era una lista de guerrilleros. Era una lista de miembros de grupos de derechos humanos, dirigentes sindicales, periodistas, artistas, abogados defensores de presos políticos. En ella figuraba el Doctor Héctor Abad Gómez, sacerdotes, periodistas, artistas, defensores de presos políticos, miembros de organizaciones de defensa de derechos humanos. La Unión Patriótica es un partido político legal que nació en el tiempo de la tregua del gobierno anterior. En 560 días de existencia, llevaba 450 miembros asesinados. Un promedio de un muerto cada día y medio. Y hasta el momento no existe ninguna investigación, ni un detenido, ni un sospechoso. Los obreros que recogen banano se organizaron y exigieron mínimas condiciones de justicia. Sólo este año han asesinado más de 27. La semana pasada asesinaron al presidente de uno de los dos sindicatos existentes en la zona.

La causa de estas muertes es claramente política. En Colombia se está asesinando a los guerrilleros y a los que se presume que los ayudan sin aprisionarlos, sin darles garantías de juicio justo. También se está asesinando a dirigentes populares que atentan contra intereses del capital. Hace menos de 20 días se tuvo un paro cívico en la región nororiental del país. Hoy ya han asesinado a 10 dirigentes. Parece que se va a pasar a una tercera etapa en la que se eliminarán a los intelectuales, los periodistas, las personas que defienden los derechos humanos.

Y mientras tanto, la Iglesia Oficial condena la violencia de la guerrilla y la de los movimientos populares y calla ante esta

violencia institucionalizada. Los medios de comunicación, los gremios, los partidos tradicionales le echan la culpa de esta violencia al comunismo y a la guerrilla, pero no mueven un dedo para hacer las reformas sociales que el pueblo necesita, ni para dar participación democrática a un pueblo al que explotan en nombre de la democracia.

En este contexto analizamos las posibilidades de la no-violencia. Nuestra historia latinoamericana tiene enseñanzas amargas. Por la violencia y la intervención de Estados Unidos se derrocó a un socialista elegido democráticamente y se instauró una de las dictaduras más violentas del continente en Chile. Si Allende hubiera tenido un brazo armado, tal vez otro hubiera sido el resultado. La única revolución que ha logrado triunfar en los últimos años ha sido la sandinista en Nicaragua. Y hoy el presidente de Estados Unidos financia contrarrevolucionarios que asesinan voluntarios, violan mujeres, destruyen cooperativas y quieren volver a colocar en el poder a una burguesía explotadora y aliada al imperialismo norteamericano. Si el pueblo nicaragüense no estuviera armado, si no estuviera dispuesto a defender hasta la muerte una revolución que le causó miles de muertos, hoy ya la habrían derrocado.

La situación de Guatemala y de El Salvador es todavía más dramática que la

En Colombia, cada vez más se están cerrando los espacios para una lucha reivindicativa legal, no-armada. Esto es evidente para quien ha estado cerca del pobre y ha querido acompañarlo en sus luchas



nuestra. En Guatemala ha habido un verdadero genocidio, ignorado por todo el mundo. En El Salvador, si bien se busca una solución política, se es consciente de que, si no se tiene el poder de las armas, los otros aplastarán a quienes piden un cambio social.

He mencionado estos casos para poder contextualizar un poco desde dónde analizamos el problema de la violencia. No se trata de defenderla como solución al problema social, sino de plantearnos como cristianos muchos interrogantes que surgen de nuestra situación. En primer lugar, constatar que la violencia armada surge como respuesta a una violencia institucionalizada, en circunstancias que bien pueden clasificarse dentro de las que, según la doctrina social de la Iglesia, la justifican éticamente: "tiranía evidente y prolongada que atenta gravemente a los derechos fundamentales de la persona y

Los caminos que se abren son: retirarse, irse a la guerrilla o estar dispuesto a morir con el sentimiento de que esa sangre va a ser inútilmente derramada.

perjudica peligrosamente al bien común del país" (Instrucción sobre libertad cristiana y liberación, 79). En segundo lugar, constatar que en Colombia, cada vez más se están cerrando los espacios para una lucha reivindicativa legal, no-armada. Esto es evidente para quien ha estado cerca del pobre y ha querido acompañarlo en sus luchas. Cuando, por ejemplo, los cristianos se organizan, motivados por un proceso de fe para reivindicar sus derechos, son considerados como "subversivos". La represión de sus protestas por medio del asesinato selectivo de sus líderes, de la tortura, del injusto aprisionamiento o de las promesas que nunca se cumplen, los están llevando en este momento a preguntarse sobre el sentido de una lucha popular legal que no logra ninguna reivindicación y sí atrae la represión. Para los líderes de movimientos campesinos, cívicos, sindicales, y para los intelectuales que los apoyan, se está haciendo cada vez más evidente que la lucha legal sólo lleva al asesinato por "sicarios" desconocidos que nunca aparecen. ¿Vale la pena morir tan inútilmente? Si se está llevando un trabajo de cambio social radical (no sólo de asistencia social), los caminos que se abren son: retirarse, irse a la guerrilla o estar dispuesto a morir con el sentimiento de que esa sangre va a ser inútilmente derramada.

Las consideraciones anteriores no excluyen una crítica a la guerrilla, a su concepción vertical y dogmática del poder, a la utilización a veces arbitraria de la fuerza, a su segar vidas sin motivo, elementos

que hacen dudar de su capacidad de construir una sociedad mejor.

No creo que ningún cristiano colombiano proclame en este momento la lucha armada como solución. Pero algunos consideran que una condena tan radical no responde al análisis de sus causas. En Colombia existen dos grandes retos en este momento: la defensa de la vida y la consecución de reformas sociales y políticas de fondo. En ambos casos se está perdiendo la batalla. Ni se está deteniendo el baño de sangre, la guerra sucia que estamos viviendo, ni se está haciendo la más mínima reforma en favor del pueblo. Muchas personas de ambos bandos (derecha e izquierda) piensan que la guerra es la solución. Quienes no pensamos así, nos encontramos sin alternativas válidas que ofrecer.

Muchas personas de ambos bandos (derecha e izquierda) piensan que la guerra es la solución.

Quienes no pensamos así, nos encontramos sin alternativas válidas que ofrecer.
